

Elena Yedra Blanco
y Lidia Cano
Obregón

*Dos comentarios
a propósito de*
Al final del camino
*o los cuentos
de Arístides Gil*

**Un comentario apenas sobre la relación
entre el *canon* y lo excluido**

Al *final del camino* (2000), libro de cuentos de Arístides Gil Acejo, publicado por la Colección Pinos Nuevos al final de un milenio, es un macrotexto apropiado para la reflexión en torno al *canon* y lo excluido, tópico de batalla de los actuales estudios crítico-literarios desarrollados dentro de una epistemología sociocrítica.

Al terminar la lectura de los cuentos, es difícil resistirse a la tentación que asedia al crítico de acceder al juego de palabras —y sus sentidos— a que el título del libro como en suspenso convoca: ¿se trata acaso de encontrar *algo* al final del camino?

Pero no es este un libro *pretencioso*: su autor no lo es. Se trata más bien de la necesidad de conjurar, *contando*, los demonios que nos invaden: la literatura como exorcización contra los males y la maldad del mundo, en una zona humilde y cotidiana de la realidad cubana de hoy.

Se ha dicho que la literatura está instituida sobre dos campos de fuerzas polares y complementarios. De un lado, la mimesis de situaciones reales, del otro, la poiesis de discursos necesariamente individualizados, creadores, matricios. Y en el libro de Gil Acejo se conjugan ambos procesos en una suerte de «vuelta atrás», la de su reformulación del realismo.

Habría que detenerse en el cuento cuyo título da nombre a la colección, «Al final del camino», y que ejemplarmente le sirve de pórtico. Ahí está la literatura como *imitatio*, imitación de la vida, y la necesidad de fijarla; de dejar para la memoria un tiempo histórico, el nuestro, con su realidad paradójica. Por ello la trama en el cuento se bifurca representando dos posibilidades de destino de un mismo sujeto en su tiempo, y *en un camino* que no siendo el mismo va a parar en la misma decisión, la de la balsa y el exilio, tópico este que, ya abordado desde una intensa poiesis por Abilio Estévez en *Tuyo es el reino*, es aquí objeto de un tratamiento distinto: ¿qué sentidos diferenciaban los caminos aparentemente opuestos de un mismo hombre en dos historias posibles? ¿Acaso la posibilidad de elegir entre dos caminos —que en la ficción se construyen como opciones del sujeto de lo narrado— no debiera distinguirlo en sus transformaciones y, sobre todo, en su final?

Las preguntas a que el texto convoca tienen como respuesta otra pregunta que subvierte las leyes de esa lógica más común. En una de las historias, el sujeto es un dirigente medio cubano, un «incorporado» a todas las tareas, quien se va quebrando en la deshonestidad y el oportunismo. En la otra historia posible, el sujeto se mantuvo «al margen» de la vida social revolucionaria, pero descubrimos que el grado de su miseria moral no es mayor —ni menor— que en el primer caso.

Desde la estructura narrativa del relato, las dos historias posibles se bifurcan a partir de un motivo: «la aceptación»/«denegación» por la «Juventud» del «joven Manolo» a integrar dicha organización. Este hecho, en sus dos posibilidades, determina rumbos distintos ficcionalmente contruidos para el sujeto. Es así como la arquitectónica del relato contribuye a la descodificación simbólica de una propuesta discursiva que no es otra, para el lector, que la de una lectura simultánea, al unísono, de las dos historias. Se podría escoger, en el acto de la lectura física, por una de ellas, hasta su final, pero luego se tendría que volver sin falta hacia atrás para retomar el hilo de la trama pospuesta, que es marcada tipográficamente en cursivas, y llegar así al sentido final aporístico.

Estos cuentos llaman a la reflexión sobre nuestra realidad —no sobre la *literatura*— sin el virtuosismo que a veces acusa cansancio, y que en determinados paradigmas narrativos revela el agotamiento del intertexto posmoderno.

Hay textos del libro tejidos con situaciones imprevistas de la vida cotidiana, situaciones que en un contexto social de crisis devienen regularidad. Se cotidianiza lo imprevisto. Otros textos refieren lacras sociales en aumento, como lo es el tema del alcoholismo en «El bebedor». «Premio de guerra» es un breve cuento que en una síntesis surrealista asocia simbólicamente la estolidez y brutalidad de la guerra con cierto tipo de sexo *duro*.

En «El hombre, el perro y el niño», Arístides Gil coloca en una situación geométrica el más agudo problema social del Período Especial: hambre-violencia, y el amor para el que aún queda espacio. No faltan referidos los dramas familiares del matrimonio, el adulterio y el machismo, en «Punto de giro», «Zenaida» y «Tragedia», ni los conflictos laborales («Reunión»). Un corte a la realidad histórica, vista desde una perspectiva inédita, es presentado en «Nieve de agosto», que refiere la crisis desatada tras la perestroika, desde las conciencias de una rusa y su hijo en Cuba: el drama de una aculturación.

Al final del camino es un libro de cuentos seleccionado por un jurado que debió apreciar en él los valores de una ruptura, situado humildemente aún en la zona de lo excluido y marginado frente al *canon* dominante que comienza a transformarse. Jaime Sarusky, Adelaida Fernández de Juan y Daniel García vieron seguramente representados en este título, uno de los varios caminos válidos a transitar por nuestra narrativa del milenio que comienza: la nitidez del lenguaje, la necesidad de reconocernos como lectores en la complejidad de nuestro imaginario social y, sobre todo, el «viaje ético hacia lo universal más puro, contra toda una lógica de fines de siglo». Porque este libro de Arístides Gil Acejo tiene la autenticidad de su pureza, que le permite bordear los peligros de la anécdota moralizante. El grupo de catorce cuentos que contiene, constituye, además y sin pretenderlo, un renuevo y rescate de la función testimoniante e identificadora del acto de narrar. Desafía, sin saberlo, las a veces estrechas miras del cenáculo y los corrillos literarios.

Un comentario muy breve sobre el personaje Manolo: ¿decisión política o acto moral?

Múltiples reflexiones sobre los hombres y su proceder, y sobre Cuba y su cotidianidad, provoca la lectura del cuento «Al final del camino», que da título al volumen; no obstante, creemos que hay una cuestión especialmente llamativa, referida al vínculo entre moralidad y compromiso político, muy conectada en este caso con el destino, el azar y las decisiones.

En nuestra lectura, el final del camino podría ser simplemente el principio: Sísifo encarnado en la piel de un individuo actual, que ha de cargar con su carga moral individual, impuesta por la asunción personal del acto social de la vida.

Nuestro personaje Manolo podría haber vivido en cualquier sitio o en cualquier tiempo y sería siempre lo que es: alguien que no se conduce hacia ningún sitio seleccionado con entereza. Manolo no arriesga: Manolo tuerce, embrolla las opiniones, manipula los sentimientos, extorsiona según las oportunidades; cree dibujar un camino y transita por él, hasta que nuevas circunstancias le hacen cambiar la fisonomía del cuadro, o al menos su lugar en la imagen que ha concebido. Cada ser humano es para él una ficha, un número de colección personal que encaja o no, que se juega o se guarda, según lo aconseje la circunstancia.

Manolo es tan inconsistente, tan falto de decisión y necesitado del conciliábulo, que incluso cabría cuestionarse si podría haber en él una actitud disidente.

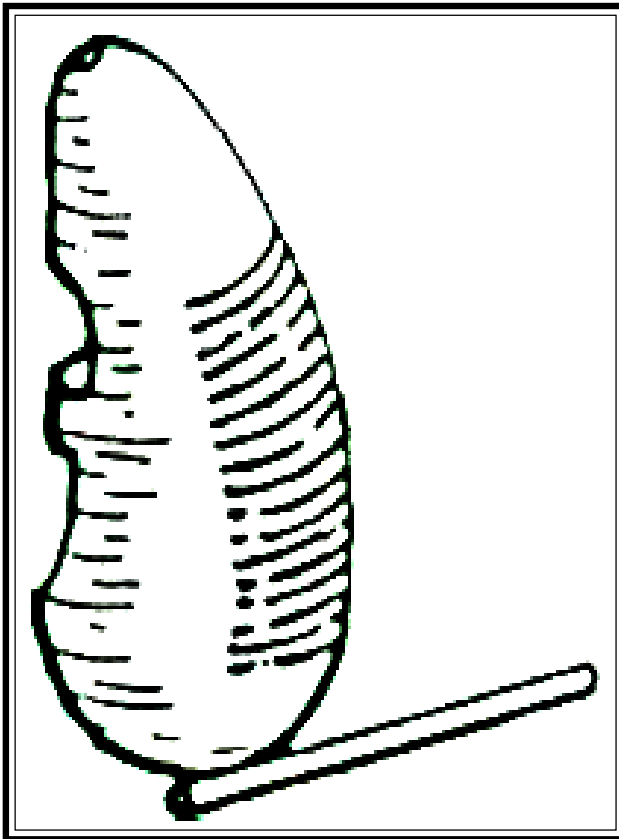
Tras estudiar la doble situación ficcional que la narración desarrolla, se puede concluir que, en cualquiera de los casos en que el hecho puntual de ser aceptado o no en las filas de la UJC lo hubiese colocado, en Manolo no habría militancia, sino acomodo. Entonces, la posible lectura de las opciones del personaje está más en un juicio de carácter moral, que en un juicio estrictamente político.

Cierto que la decisión de todo individuo —aun cuando no sea consciente de ello—, es siempre política porque implica discriminar y seleccionar dentro del conjunto de opciones que se le presentan; pero desde el punto de vista del compromiso político con un proceso concreto, nunca lo hubo en el caso de nuestro personaje, solamente usó la astucia de saber maniobrar dentro

de las circunstancias para poder usarlas en lo que consideraba su mejor provecho. Manolo marginal o Manolo dirigente son lo mismo: alguien que nunca decidirá adónde ir, un individuo de circunstancias, y ellas son las que lo conducen, aun cuando él se engañe creyendo que las domina y maneja.

Manolo se va en una noche cualquiera a los Estados Unidos, de la misma forma que un día quiso entrar a la UJC, porque era un nuevo paso para seguir su mimesis, esencia misma de su sentido de ser persona. Profundícese en la configuración del personaje y respóndanse las siguientes dos interrogantes finales: ¿Manolo pudo ser dos personas distintas? Individuos como Manolo, ¿llegarían a ser acaso en los Estados Unidos una persona diferente?

?



*Instrumentos
de la música
popular
tradicional
cubana: güiro*